

lizarían esta carta para obligar á usted á que acuda á la cita.

—¿Cómo, lo harían?—exclamó doña María asustada.

—Sí—dijo Inés.—Enrique Méndez me ha dicho: Si tu dueña no está en el jardín á la hora fijada, una hora después su esposo leerá la carta que acabo de recibir.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! Pero, ¡qué puede querer de mí!... ¿Qué espera?

—No espera nada y sólo quiere ver á usted, señora, como le he dicho. Está en el jardín escondido en uno de los bosquecillos, hacia el extremo más opuesto al en que se halla el pabellón donde llevaré ahora al señor Remfeld.

—¿Pero y si se encuentran?—dijo la condesa.

—No hay peligro de que esto suceda. Enrique puede apenas tenerse en pie, y no se levantará del banco en que está sentado; en cuanto al señor Remfeld, lo llevaré al pabellón, donde le encerraré, y podrá usted ir á encontrarle cuando deje á don Enrique. Por lo demás, les he avisado á los dos que sólo estaría usted con ellos diez minutos. ¿Qué importa el tiempo? han dicho los dos, ¡sólo quiero verla!... Pierda usted, pues, cuidado—añadió la camarera,—lo que vamos á hacer es muy sencillo y asegurará la tranquilidad de la señora. Nos rodea el mayor misterio, y nadie puede sospechar la aven-

tura que luego descubriremos. Solo que pasa el tiempo, la hora se acerca y debería usted aprovecharse de estos instantes en que el conde se halla con el señor marqués, para bajar al jardín; todo estaría listo antes de un cuarto de hora, y estos dos jóvenes se hallarían fuera de la casa...

—No—dijo la condesa,—esperaré al conde... y le suplicaré que me deje sola esta noche.

—¡Oh!—dijo Inés—con acento de duda.

—Es cosa mía—prosiguió la condesa.—Sé prudente, baja al jardín, y procura que no se impacienten los que me aguardan. Vé pronto, deprisa... oigo pasos... Quizá sea el conde...

Era efectivamente el conde Angel quien se dirigía á la habitación de su mujer; entró en el momento en que salía Inés, y no la vió salir. En actitud grave y solemne el conde se detuvo un momento en medio de la habitación y contempló á María, que se esforzaba por sobreponerse á las emociones violentas de que era presa; María se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Es imposible—murmuraba el conde sin moverse,—¡tanta serenidad despues de tanta perfidia! Es imposible. Francisco está loco, y su embriaguez no es fingida, como él dice, es verdadera. ¡Oh! no, no, no puedo creer lo que me ha dicho. Ea, lejos de mí estos pensamientos odiosos...

Y se adelantó á su mujer, le cogió la mano y la besó respetuosamente.

—Querida María—díjole haciéndola sentar á su lado en una *causeuse*,—por fin nos dejan solos.

—Sí,—dijo la joven, sonrojándose ligeramente.—¡Oh, Dios mío!—pensaba,—¡cómo alejarle!

—¡Cuán largo me ha parecido este día, cuán lentas corrían las horas que me separaban de esta hora de soledad y de amor que por fin ha llegado! ¡Oh, aquel baile creí que no se acabaría nunca!

Y el conde cogió con las suyas la mano que la condesa la abandonaba y la apretó cariñosamente. Aquella mano ardía como fuego; la condesa volvió la cabeza.

—¿Está usted enferma?—preguntóle su marido con ansiedad.

—No es nada, un poco de cansancio, el calor, el barullo...

—Hace aquí un calor asfixiante,—dijo el conde levantándose.—Y fué á abrir la ventana, lanzando, contra su voluntad y como empujado por una súbita reflexión, una mirada interrogadora á su mujer: no vió en su rostro ninguna emoción. Doña María conservaba su silenciosa inmovilidad, preocupando su mente un solo pensamiento: Cómo lo haría para alejar á su marido, que, inclinado en la ventana, admiraba la serenidad de aquella noche de verano.

—¿Qué le diré, Dios mío?—murmuraba mientras el conde se separaba de la ventana y volvía á sentarse á su lado.

—María,—dijo el conde poniéndose de rodillas delante de ella—déjeme usted repetirle lo que ya tantas veces le he dicho, déjeme darle una vez más las gracias por toda la dicha que su amor me ha proporcionado, por toda la que me proporcionará todavía. ¡Bendita Providencia que ha hecho que encontrase á usted en mi camino! y toda vez que debíamos encontrarnos, ¿por qué tardó usted tanto? Gracias á usted, María, esa segunda juventud que tienen tan raras veces los que han gastado mal la primera, me ha sido concedida cuando he encontrado á usted. Vuelvo á andar bajo el ecuador de la esperanza y del amor, renuncio á los proyectos que había concebido antes de conocerla. Que anden por las sendas oscuras aquellos que tienen el corazón en el espíritu, y que persigan sin tregua los fantasmas de ambición que hacen palidecer sus frentes; ¡para ellos las luchas de las pasiones, las envidias de honores vanos! Pero para mí el mundo alegre de las bellas poesías; para mí, en tanto que usted ¡oh, María! me conceda su cariño, la verdadera dicha, la única felicidad en este mundo, para mí el amor.

—Sí, Angel,—dijo á su vez doña María conmovida por el acento de su esposo, que despertaba en su alma un mundo de ternuras,—sí, le amo y estoy orgullosa de pertenecerle.

Y, como dominada por un invencible encanto, dejó caer su cabeza sobre el hombro

de su marido. Y durante diez minutos los novios permanecieron sumidos en un silencioso éxtasis.

De pronto, sonó un reloj de los alrededores; estremeciéndose doña María, como sacudida por una conmoción eléctrica, y se escapó de los brazos de su esposo.

—Angel—dijo con temblorosa voz,—tengo algo que pedirle; prométame usted que no me lo negará. Soy ahora su mujer, le pertenezco, soy su esclava, y me entrego con alegría; pero por una hora, y no me pida usted la causa de este capricho, déjeme usted sola, por una hora nada más.

El conde, sorprendido por esta extraña petición, no se apresuró á replicar; las sospechas que habían hecho nacer en su mente volvían á despertarse, y se disponía probablemente á pedir algunas explicaciones, cuando llamaron repentinamente á la puerta.

—Abra usted, Angel—dijo una voz que el conde y su mujer reconocieron por la del marqués Felipe,—abra usted.

—Señor conde—dijo el marqués que llevaba un paquete de papeles en la mano:—acabo de recibir por un correo extraordinario partes de suma gravedad, acerca de los que me precisa consultarle. He visto luz en su habitación, y apesar de la inoportunidad de mi visita en estos momentos, el interés mismo de usted exige que venga inmediatamente á conocer los documentos que me han remitido..

—Seguiré á usted, señor,—dijo el conde cada vez más sorprendido.—Ya lo ve usted —exclamó volviéndose hacia su mujer;—aun cuando no hubiera accedido á lo que usted me pedía, su libertad se hubiese prolongado por una hora más; pero tenga usted presente que aunque se tratara de la salvación del Universo entero, no concedería ni un minuto más, y pasada la hora exacta volveré aquí mismo...

—¡Por fin!—exclamó la condesa cuando estuvo sola,—por fin estoy ya libre. ¡Inés! ¡Inés!—añadió llamando á su doncella, que se hallaba en la habitación contigua, y que, efectivamente, acudió al lado de su dueña.

—Inés, estoy libre... el marqués ha venido á buscar á mi marido para consultarle sobre ciertos documentos... Tenemos una hora... Pronto, mi abrigo y partamos...

—Partamos—dijo Inés,—deben ya empezar á impacientarse...

Quando Tristan entró en el café de Joy, en el que había citado á Ulric, encontró á tres amigos suyos que habían querido acabar con una cena una noche dedicada al juego. Eran éstos Antony de Sylvers, el vizconde Serafin y Lázaro de Chabannes-Malaurie, que debían los tres, pocos días después de estos acontecimientos, colaborar en una aventura cuya resonancia fué inmensa en los departamentos del Sena y del Sena y Oise. Después de los saludos de cos-

tumbre, Tristan se sentó en la mesa de sus amigos.

—¡Hombre! ¿Por qué casualidad está usted en la calle tan temprano ó tan tarde? —preguntó el vizconde Serafín á Tristan.

—No es por casualidad—replicó éste,—salgo del baile.

—¡Cómo del baile! ¿En esta estación? —exclamó el trío.

—¿Cuál es el original que se atreve á estas excentricidades?—dijo Sylvers.

—Era un baile de boda—contestó Tristan.

—¡Pero qué, ¿es que aun hay quien se casa? —dijo Lázaro.

—Para nuestra suerte, señores,—añadió el vizconde Serafín.

—Ahora dígame usted, Tristan—preguntó Antony de Silvers:—¿los desposados no pertenecen acaso á nuestra sociedad, ¿cómo hemos ignorado esta boda?

—¡Ah! señores, la reputación de que ustedes gozan es demasiado terrible para que el nuevo marido les invitara al casamiento, que por lo demás debe haber participado á ustedes, pues antes era de los nuestros. ¿Recuerdan ustedes á Angel de Puyrassieux?

—¡Ah! muy bien, ahora caigo; he oído, efectivamente, hablar de ello. Pero según parece es un casamiento hecho por amor, una verdadera novela. ¿No se casa con una joven española el señor de Puyrassieux?

—Exactamente—dijo Tristan,—la ahija-

da del marqués Felipe. Una mujer admirable, se lo juro á ustedes.

—Ea, pues señores—dijo Serafín llenando las copas,—bebamos á la salud de la bella condesa de Puyrassieux, y de su enamorado y tímido esposo.

Y los jóvenes vaciaron las copas, repitiendo el brindis.

—Señores,—dijo Tristan,—¿quieren ustedes permitirme que haga poner un cubierto más? Aguardo aquí á un amigo mío que fué en vida un joven sumamente agradable.

—¿Cómo, en vida?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que mi amigo está muerto.

—¡Muerto!—exclamaron á una los tres jóvenes: ¡qué magnífica broma!

—Señores, muerto y enterrado,—dijo Tristan.

—¿Pero qué significa esto? Está usted geoglífico como las inscripciones de Lougor.

—Oigan ustedes, señores, puedo contarles la aventura, que es bastante curiosa, y que les interesará tanto más cuanto que luego conocerán ustedes al héroe. Es mi joven amigo Ulric Remfeld, á quien espero aquí.

—¿Una historia? es magnífico, cuéntela usted, dijeron los jóvenes.

—En aquel entonces mi amigo se enamoró de pronto locamente de una joven extranjera que había encontrado en un salón diplomático, en el que acompañaba á su familia. Esa mujer, era, como cantan las bala-

das románticas, un verdadero diablo de belleza, y coqueta como una parisina; mi amigo, aunque sus intenciones eran las más puras y formales, fué sucesivamente recibido, despreciado, preferido á uno, luego desechado por otro, hasta que por fin, desesperado por sus crueldades, Ulric pensó en morir. Tuvo con la que amaba una entrevista en la que le anunció la suprema y funesta resolución que había tomado, y, ¿lo creerán ustedes? ella le alentó casi á que la llevara á cabo. Ulric se decidió, pues, á morir, y se fué á Inglaterra para poner fin á sus días.

—¿Por qué á Inglaterra?—preguntó uno de los tres.

—Porque es la patria del *spleen* y mi amigo esperaba que una vez atacado de esta enfermedad, no se atrevería á vacilar al borde de su resolución. Ulric atravesó, pues, La Mancha; después de residir en Londres algunos días, fué á vivir en un pueblecito del condado de Sussex. Allí reunió sus recuerdos, pasó revista á sus días pasados, contó sus horas de sol y sus horas de sombra, se convenció de que nada más tenía que hacer en la vida, pues que no le amaban, y después de poner en orden sus asuntos, tomó un revólver y vagó por la campiña buscandoun lugar á propósito para entregar su alma á Dios. Al cabo de una hora encontró un sitio que presentaba perfectamente la decoración obligada de un suicidio. Sacó entonces el arma del bolsillo, la cargó resuel-

tamente y se apoyó la boca del cañón en su frente helada. Clavaba ya el dedo en el gatillo, cuando se apercibió de que no estaba solo, y que á unos diez pasos había un joven que llevaba sus mismos propósitos y que igualmente se disponía á tomar pasaportes para la eternidad. Ulric se adelantó á aquel desgraciado, que tenía ya el pescuezo pasado en el nudo corredizo de una cuerda atada á un árbol.

¿Qué está usted haciendo?—preguntó Ulric.

—Ya lo ve usted—contestó el otro,—voy á colgarme. ¿Tendría usted la bondad de ayudarme? Temo no hacerlo bien yo solo, faltándome aquí las comodidades necesarias.

—¿Qué desea usted de mí, y en qué puedo servir á usted, caballero?—preguntó Ulric.

—Le agradeceré mucho—contestóle el otro—que me saque usted de debajo de los pies este tronco, que no tendré quizá bastante fuerza para hacer rodar lejos de mí en cuanto me halle suspendido en el aire, y, como último favor, le suplico que no se vaya usted de aquí hasta que todo esté perfectamente concluído.

Ulric miró sumamente extrañado al que hablaba tan serenamente á la hora de morir. Era un joven que parecía tener á lo sumo veinte años, y cuyo rostro, traje y modales, indicaban que pertenecía á la buena sociedad.

—Perdone usted, caballero—dijo Ulrich, —estoy enteramente á su disposición, dispuesto á hacerle los pequeños favores que usted me pide; pero ¿podría saber la causa que le hace morir tan joven? ¿Es acaso una pena de amor?

—¡Oh! no—dijo el inglés,—no estoy enamorado.

—¿Una pérdida de fortuna?

—¡Oh! no, soy millonario.

—¿Quizá algunas esperanzas frustradas de ambición?

—No soy ambicioso.

—En este caso, pues...

—He ahí, caballero, toda vez que esta revelación parece interesarle, el motivo de mi determinación. Hace dos años, en una cena, aposté con uno de mis amigos que moriría yo antes que él. La cantidad apostada es bastante crecida para merecer que uno se ocupe en ella. Ahora bien, como la muerte no ha venido en busca mía desde entonces, si no la busco para dentro de una hora habré perdido mi apuesta, y quiero ganarla: esta es la razón...

Quedóse Ulrich estupefacto.

—Ahora que sabe usted, caballero, mis motivos, recordaré á usted lo que me prometió hace un momento—dijo el inglés que, subido en el tronco, había vuelto á pasarse el lazo alrededor del cuello.

—Un momento, caballero, se lo ruego... No tendré nunca valor...

—¡Eh! caballero,—dijo el otro—¿por qué, pues, me ha interrumpido usted? No puedo perder tiempo si quiero ganar mi apuesta. Faltan diez minutos para las doce de la noche, y á la media noche precisa absolutamente que esté muerto. Diciendo estas palabras y viendo que Ulric no le ayudaría, el inglés pego un puntapié al tronco, que aún le mantenía en tierra firme, y se encontró suspendido.

Empezó inmediatamente la agonía. Ulric no pudo asistir á sangre fría á aquel horrible espectáculo y huyó corriendo hacia un campo contiguo.

Después de media hora volvió al lado del árbol transformado en horca y halló al inglés rígido, inmóvil; la muerte le pareció muy fea y renunció repentinamente á ir á pedirle consuelo de los males que le hacía sufrir la vida. Pero se vió entonces en muy apurado trance, pues el día anterior había escrito á su familia, á sus amigos y á la mujer por la que quería morir, que se había suicidado, y consideraba como una cobardía volver atrás de esa resolución. Le asustaba el papel ridículo que recaería sobre él cuando se conociera ese suicidio abortado, cosa tan ridícula á su modo de ver como un desafío sin resultado.

Así reflexionaba cuando vió en el suelo la cartera del suicida inglés. Ulric la abrió con sumo cuidado y encontró en ella muchos documentos, entre los que había un pasa-

porte al nombre de sir Arturo Sidney. Aquellos documentos eran los del difunto, y aquel nombre de Arturo, probablemente el suyo, y de aquí la idea que se le ocurrió. Sacó de su cartera los documentos que justificaban su propia personalidad y los introdujo en la del difunto, después de sacar de ella el pasaporte y los papeles, que guardó en el bolsillo.

Gracias á esta estratagema Ulric pasó por muerto. Su suicidio fué publicado por los periódicos ingleses y reproducida la noticia en las hojas francesas. Ulric presencié su entierro; vió cómo le enterraban bajo tierra, escuchó las oraciones y los discursos que pronunciaron sobre su tumba algunos paisanos suyos, y volvió á Francia con el nombre de Arturo Sidney. En cuanto llegó á París se enteró del efecto que había producido su muerte en el ánimo de su adorada, y entonces supo que aquel mismo día ella daba su mano á un joven secretario de la embajada de Francia en España.

—¿Y podría darse el caso de que este joven secretario fuese el señor conde de Puyrassieux, verdad Tristan?—preguntó el vizconde Serafin.

—Señores, pido á ustedes silencio—dijo Tristan.

Y en aquel momento la puerta del cuarto se abrió y se presentó un joven. En su rostro se leía la más violenta emoción.

—Caballeros—dijo Tristan—aquí llega

nuestro querido difunto, mi amigo sir Arturo Sidney, antes Ulric Remfeld.

—Tristán—dijo Ulric después de saludar á los tres jóvenes,—precisa que hable con usted.

—Hable usted, no tengo secretos para estos caballeros.

—Precisa que hablemos á solas—insistió Ulric, y se llevó á Tristan á un lado.

—Querido amigo—le dijo,—no me pida usted explicación alguna y sígame.

—¿A dónde?

—Al bosque de Ville d'Avray.

—¿Para qué?

—Para batirme.

—¿Con quién?

—¿No lo adivina usted? Con el conde de Puyrassieux. ¿Cuento con usted para padrino?

—Pero necesita usted dos—dijo Tristan.

—Suplique usted á alguno de esos caballeros que nos acompañe.

—Lázaro—dijo Tristán:—mi amigo tiene un lance pendiente y me encarga que le suplique á usted le dispense la honra de servirle conmigo de testigo.

—¡Caramba!—dijo Lázaro;—estoy muy cansado y no me siento en disposición de entablar las negociaciones que se acostumbra en casos semejantes.

—Tranquílcese usted—dijo Tristan,—no hay negociación posible; se batirán dentro de una hora, y los testigos sólo tendremos

que cargar las armas y medir el terreno.

—En este caso—dijo Lázaro—estoy á las órdenes de su amigo.

—Es una lucha á muerte,—dijo Ulric que entraba en aquel momento.—Vamos, señores.

Y se alejó con sus dos testigos, que subieron con él en el coche que Tristan tenía á la puerta.

—Vizconde Serafin—dijo Antony de Sylvers á su amigo cuando estuvieron solos: —me parece que el señor de Puyrassieux es hombre muerto, pues presumo que él es el adversario del amigo de Tristan.

—¿Y qué?—preguntó Serafin.

—Pues que, muerto el conde, queda viuda la condesa; dicen que es muy hermosa.

—¿En qué parará usted?

—Pidamos cartas y juguemos cuál de nosotros la cortejará.

A los dos días de casados, el conde y la condesa de Puyrassieux salían de París para hacer un viaje por el extranjero. Rumores extraños corrían, en la sociedad, sobre la causa de esta partida que no habían anunciado, y algunas personas, indagadoras indiscretas del por qué de todos los acontecimientos, grandes ó pequeños, hacían notar en voz baja, con la esperanza de que alguien lo repitiera en alta voz, extrañas relaciones entre este viaje improvisado y ciertas noticias publicadas en varios periódicos.

cos. He aquí algunos de esos *sucedidos* de gacetilla, con cuya ayuda los curiosos creían haber adivinado los motivos de la misteriosa partida de los dos novios:

«Anteayer por la mañana, los guardas del bosque de Ville-d'Avray creyeron escuchar cerca de los estanques dos tiros que indicaban un duelo, llegando al lugar del suceso bastante pronto para proceder á detener á los testigos, pero no á tiempo para hallar al adversario vencedor, que hacía cinco minutos se había fugado. La víctima de este encuentro funesto es un joven inglés, llegado hace pocos días á París, según indicaba su pasaporte. Ha sido llevado á Versailles en estado desesperado. Los testigos han dicho que no conocían el nombre de su adversario, quien por casualidad les había encontrado, suplicándoles que le sirvieran de testigos en esta lucha. Los padrinos, que pertenecen á la buena sociedad, han sido puestos en libertad bajo fianza. El joven inglés ha muerto por la tarde á consecuencia de su herida.

Otro diario judicial publicaba la misma noche este suelto:

«En la noche del jueves al viernes, un suceso grave emocionó el barrio tranquilo del Arrabal del Roule. Después del baile celebrado en el hotel del marqués Felipe, con ocasión de la boda de una parienta suya, un malhechor se introdujo en el jardín del hotel, y las armas que se le encontraron no

permitieron dudar de sus propósitos. Visto de lejos por un criado de la casa que diariamente vigila las dependencias, el individuo intentó fugarse, y como se dispusiera á defenderse usando de las armas que llevaba, el guarda se vió precisado á hacerle fuego, hiriéndole gravemente. Llevado al próximo cuartelillo, y de allí al hospital Beaujon, las hermanas del Hospicio reconocieron en él á un tal Enrique Méndez. Parece ser que, este Méndez había entrado hacía un mes en el hospital, de donde salió aquella misma mañana acompañado de una mujer, en quien la superiora de la comunidad reconoció á una monja española. Aquella mujer había ido muy temprano á hablar con el enfermo, y, después de esa conversación, á pesar de su estado todavía alarman- te, el español Enrique Méndez había querido salir del lecho, á pesar de todas las observaciones que se le hicieron. Interrogado sobre los motivos que le indujeron á introducirse de noche en el jardín del hotel del marqués Felipe, el herido no ha contestado palabra. Su estado es gravísimo. Se duda de salvarle.

»En el momento de entrar nuestro número en prensa, acabamos de saber que la monja española, llamada Beatriz N., ha sido detenida gracias á las señas dadas por la superiora de la comunidad del hospital Beaujon. Conducida á presencia de Enrique Méndez cuando éste empezaba el periodo agónico,

esta ha prorrumpido en gritos horribles, arrastrándose por el suelo y profiriendo palabras de maldición. La desgraciada ha sido presa de un ataque de locura, y entrando el marqués Felipe para reconocer al que se había introducido de noche en su casa, la monja se ha arrojado á él apostrofándole duramente. Después de haber levantado acta de todos estos sucesos, la desgraciada loca ha sido conducida á la Salpêtrière. El joven español ha muerto durante la noche. El marqués Felipe le reconoció por haber pertenecido al ejército de don Carlos.»

Al día siguiente otro diario de tribunales publicaba las líneas que transcribimos:

«El asunto del duelo de Ville-d'Avray se instruye en el tribunal de Versailles, y algunas aclaraciones se han obtenido acerca de ese fatal encuentro, que se ha complicado con un curioso detalle. Parece que la víctima no se llamaba tal como dijeron sus testigos en su declaración: un pariente de sir Arturo Sidney, habiendo oído hablar de la muerte de este joven, no lo ha reconocido como perteneciente á su familia, aun cuando los documentos que se le encontraron indicaran ese nombre. Asegúrase también que el vencedor escribió desde entonces á sus testigos, autorizándolos para descargar su responsabilidad, á que dieran su nombre á la justicia. Este eucuentro parece tener por causa ciertas palabras injuriosas que se dijeron acerca de una dama perteneciente á una gran fami-

lia española, y que se había casado el día que precedió al lance. Añádese que este lance está íntimamente relacionado con los sucesos ocurridos hace algunos días en la calle de Courcelles. La justicia sigue informándose.»

Quince días después de la publicación de estos artículos que motivaron muchos comentarios, he aquí la escena que se desarrollaba en casa del vizconde Serafin, que aquella noche daba una reunión íntima. Entre las mil anécdotas que forman la gaceti-lla escandalosa de París, se habló del casamiento del conde de Puyressieux con doña María de Valdés, y hubo quien pidió la causa de la súbita partida de los novios.

—No tiene nada de particular esta partida —repuso Tristan,—los novios estaban muy enamorados el uno del otro, han querido escaparse de la sociedad para pasar y prolongar su luna de miel en alguna poética soledad, y han hecho el viaje de Italia; según se dice, viven ahora en una ciudad á orillas del lago de Còmo.

—Còmo, ¿eso cree usted todavía, querido Tristan?—dijo un joven diplomático.—Pues bien, permítame usted que le diga que no está usted nada de bien enterado. No fué en modo alguno el deseo de soledad poética lo que hizo partir al conde Puyrassieux con su joven esposa: huyó á Italia para escapar á las diligencias que había motivado un due-

lo que se verificó al día siguiente de su matrimonio. Ya lo sabe usted: el duelo de Ville-d'Avray, de que hablaron los periódicos. El conde de Puyrassieux fué quien mató á aquel joven inglés, sir Arturo Sidney, inglés que, entre paréntesis, resultó ser un alemán llamado Ulric Remfeld, según se ha averiguado en el curso de esta instrucción.

—¿Qué cuenta usted ahí?—dijo un periodista al indiscreto gacetillero.—¿Piensa usted contar algo nuevo á M. Tristan?

—No—dijo el joven,—pero aseguro á ustedes que lo que acabo de decirles es casi completamente inédito. He sabido estos detalles por un amigo mío relacionado con el tribunal de Versailles, y estoy cierto de que es digno de crédito.

—Pero dígame usted, M. Tristan, ¿sabe usted realmente el secreto de todo este enigma?

—Sabía que era M. de Puyrassieux quien se batió en duelo con un joven extranjero, y presumía que este acontecimiento había podido, hasta cierto punto, ocasionar la partida del conde y de su mujer.

—Oiga usted, Tristan—dijo el periodista:—puede usted ser indiscreto hasta el fin y contarnos por qué se batieron M. de Puyrassieux y el Sr. Remfeld, toda vez que usted era testigo de este último.

—Aseguro á ustedes que ignoro absolutamente el motivo de ese lance, y M. Lázaro de Chabannes, que asistía conmigo á Ulric,

se halla en el mismo caso que yo. El señor Remfeld vino á encontrarnos á la madrugada y nos suplicó que le acompañásemos á Ville-d'Avray, donde había de batirse. No se había de tomar disposición alguna; habían de batirse en seguida y se batieron; el Sr. Remfeld fué herido de muerte, y al caer nos suplicó á Lázaro y á mí que favoreciésemos la fuga de su adversario y de sus testigos, cosa que fué cumplida, pues el señor de Puyrassieux estaba ya lejos cuando llegaron los guardabosques á detenernos. Eso es cuanto sé sobre este asunto,—añadió Tristan en tono de la ignorancia más completa,—y si sabe usted algo más, le agradeceré que me lo comunique, querido gacetero.

—Y dijo éste: ignora usted también lo de cierto refugiado español llama Enrique Méndez, que durante la noche del baile de bodas de M. Puyrassieux, se había introducido en el jardín del hotel, donde, creyendo que era un ladrón, le hirió de un tiro un criado?... Pues se gastó mucha pólvora, y no en salvas, con ocasión del casamiento de M. de Puyrassieux.

—Lo ignoraba también—dijo Tristan.

—Pues bien, señores, ese que tomaron por un ladrón, ese Enrique Méndez, era sencillamente un amante, como el joven Remfeld. Y ahora ya saben ustedes el motivo del duelo de M. de Puyrassieux y adivinan la causa de su precipitado viaje. Gra-

cias á ciertas influencias, la cuestión fué olvidada y se dejó al conde partir á Italia, de donde probablemente tardará en volver.

—¡Oh! querido amigo, si á todo cuanto usted nos ha referido se le da alguna publicidad, la señora de Puyrassieux estará muy mal vista en la sociedad. ¡Cómo! ¡dos hombres bajo su balcón la noche de su casamiento! ¡Oh, esas españolas!...

—Una francesa habría esperado al menos al día siguiente—dijo uno.

—Sí—dijo el periodista,—pero una francesa no habría nunca combinado con tanta tranquilidad, con tanta serenidad, tanta inocencia, ni tanta barbarie, el drama cuyo argumento voy á referir á ustedes, y que podríamos titular «Doña Sirena, ó los Peligros de la Superstición. Y lo que voy á contar á ustedes, señores, es historia real, es la verdad verdadera, lo sé por una persona que ha sido la confidente de la condesa de Puyrassieux, y que sabe bien los detalles de la aventura.

—¿Quién es esta persona de confianza?—preguntaron algunos.

—Es la reina de mi pensamiento, señores, la bella Inés, á la que aplaudirán ustedes pronto en la Opera, donde acaba de ingresar.

—¡La historia, la historia!

—Enseguida. Vivía en el hermoso país de España una joven huérfana llamada María, que á la muerte de sus padres que-

dó al cuidado de su padrino, un noble de Madrid. Internada en un convento de la corte, esa joven tuvo la desgracia de intimar con una de las monjas, que estaba en tratos con el diablo, y cuyo brebiario olía á azufre como un manual de brujería. Esta monja, llamada Beatriz, abusó del dominio que había sabido adquirir sobre el espíritu de la joven María, y pronto la hizo caer en las más absurdas supersticiones. La convenció de que no sería feliz hasta que hubieran muerto dos hombres por ella.

—¡Oh! ¡oh! ¡eso es de la edad media!— dijo un incrédulo.

—Digo lo que es... De pronto, esta predicción no preocupó á María, pues por aquel tiempo tenía propósitos de profesar la vida del claustro. Pero al poco tiempo su padrino la hizo salir del convento y la presentó á la sociedad. Encontró á un francés, el conde de Puyrassieux, del que se enamoró locamente. Y se acordó de la predicción de Beatriz. Volvió á ver á aquella criatura, que ratificó todo cuanto le había dicho, y entonces doña María se convirtió en doña Sirena. Fingió no hacer ya caso al conde de Puyrassieux, y empezó á coquetear con un joven oficial del ejército al que, no se sabe como, aconsejó que pasara al ejército de don Carlos. Y sucedió que el pobre Enrique escapó de la pena capital, con que se castiga á los desertores, para

caer herido por la espada del conde de Puyrassieux, que le tenía por su rival. Enrique Méndez pasó por muerto.

En aquel entonces el marqués Felipe llevó á su ahijada á París, donde el matrimonio debía celebrarse. Pero doña María se opuso á su inmediata celebración. Dejada en completa libertad, empezó una nueva intriga con un joven alemán que había encontrado en la embajada de Austria. Y desesperó de tal modo aquella pobre y débil criatura, que se fué á suicidar á Inglaterra. En cuanto se tuvo noticia de su muerte, doña María dijo á su padrino que estaba dispuesta á casarse con el conde de Puyrassieux, y el casamiento se efectuó. Pero aquella misma noche, doña Sirena recibió dos cartas firmadas por los dos jóvenes á quienes creía muertos por ella, y que vivían aún. Ambas cartas pedían una cita, los dos jóvenes sólo querían, al parecer, ver por última vez á la que por poco acaba con sus vidas, y las citas fueron concedidas; pero cuando la condesa de Puyrassieux se disponía á bajar al jardín con su camarera, encontraron todas las puertas cerradas y se vieron obligadas á quedarse en la habitación de la doncella.

El marqués Felipe había sido avisado por una amiga de su ahijada, con quien ésta estaba en relaciones. Participaban al marqués la superstición en que vivía su ahijada, y también le habían avisado la presencia de los dos jóvenes. El marqués enseñó esta

carta al conde de Puyrassieux, y ambos se miraron con la misma idea.

Media hora más tarde, Enrique Méndez caía herido por la bala de un criado, que le tomó por un ladrón.

Al día siguiente, Ulric caía herido por la espada del conde de Puyrassieux. Esta es la historia.

—Y la vieja Beatriz ¿qué se hizo de ella?

—Se volvió loca de la alegría que le causó el ver su venganza tramada tan á tiempo y con tanta paciencia.

—¿Cuál venganza?

—El marqués Felipe había seducido á Beatriz cuando ésta era muy joven. Luego, abandonada primero por una actriz del teatro del Príncipe y después por una gran señora alemana, Beatriz juró que se vengaría. Y así lo hizo, haciendo matar por orden del marqués Felipe á Enrique Méndez y á Ulric Remfeld, notificándole luego que aquellos dos jóvenes eran los hijos que había tenido de sus antiguas rivales, la actriz española y la gran dama alemana.

—¿Y el marqués?

—Se ha hecho trapense.

—Ea, señora—dijo el vizconde Serafín,—basta ya de historias y volvamos á jugar. ¿Vuelvo á tomar la banca? Hay diez luises.

—¡Copo!—dijo Inés, que entraba en aquel momento.

FIN

El manguito de Francine

UNIVERSIDAD DE MICHIGAN LEON
BIBLIOTECA DE HISTORIA
MICHIGAN STATE UNIVERSITY
MICHIGAN STATE UNIVERSITY